

# DISCURSO

EN ELÓGIO DEL

EXCMO. SR. D. ÁNGEL SAAVEDRA,

DUQUE DE RIVAS,

FOR

D. JOSÉ AMADOR DE LOS RIOS,

LEIDO EN LA JUNTA PÚBLICA DE 20 DE MAYO DE 1866.

---

SEÑORES ACADÉMICOS: No convallecido aún de la tenaz dolencia que há más de seis meses me fatiga, vengo hoy, en obediencia de vuestro benévolo mandato, á rendir el triste homenaje del sentimiento á la memoria del ilustre prócer, que en los postreros años de su gloriosa vida autorizó con su esclarecido nombre los atinados acuerdos, que han dado nuevo sér y carácter á esta Real Academia, descargándola de la penosa responsabilidad de la enseñanza, y llamándola al culto tranquilo y sereno del Arte, en sus más elevadas regiones. Todos llevais en vuestro corazon el amargo pesar de tan irreparable pérdida: todos guardais en vuestra mente vivos recuerdos del egrégio varon, que os alentaba con su ejemplo y su consejo en el difícil quanto meritorio ejercicio de las artes por vosotros profesadas; todos venis á esta solemnidad académica, que eslabona lo pasado y lo porvenir, determinando la ley providencial de la sucesion de los hechos y de la renovacion de las ideas, á dar público testimonio del amor que sus virtudes os inspiraban, y de la admiracion que engendraban en vuestro ánimo sus peregrinos talentos.

Mas si es en vosotros empeño de consideracion y de respeto el pagar hoy deuda tan legitima,—deber de reconocimiento y de cari-

ño es en mí, que desde la más temprana juventud alcancé la honra de merecer la tierna y no desmentida amistad del preclaro Duque de Rivas, con el don, no ménos precioso, de sus advertencias y doctrinas, en el doble concepto que hermanaba nuestros espíritus. Á su granada experiencia en el cultivo de la poesía y de la hermosa lengua del Rey Sábio; á su acrisolado amor al noble arte de la pintura, en que á la sazón me ejercitaba, estudiando en la capital de Andalucía las inmortales creaciones de Murillo, debí frecuentes é inextimables lecciones, útil y generoso estímulo. ¿Qué mucho, pues, si adunándose ahora la voluntad y el precepto, viva en mi pecho la llama de la gratitud, que es memoria del alma, procuro templar el presente dolor, recordándoos en desaliñado estilo los altos merecimientos de aquel docto magnate, que tuvo por señalado timbre, entre sus nobiliarios blasones, la palma del poeta y la insignia del artista?....

Y no creais, Señores Académicos, que al fijar la vista en la gloriosa personalidad del Duque de Rivas, me propongo hosquejar siquiera el variado y brillante cuadro, en que hizo maravillosa muestra de su poderoso y flexible ingenio: no esperéis tampoco que me detenga á reseñaros los actos más notables de su laboriosa vida, estrechamente enlazada con la historia de los disturbios políticos y de los grandes acaecimientos que han llenado la primera mitad del siglo XIX. Nacido al terminar la pasada centuria, en el hermoso suelo que dió cuna á los Sénecas y á Lucano, dotóle la Providencia de aquellas mismas facultades que resplandecieron en el cantor de las *Gueras más que civiles*; y animado de la santa y noble ambicion que distingue y sublima á las almas privilegiadas, llevó la actividad de su inquieto espíritu á todas las esferas, anhelando al par el lauro del soldado y del repúblico, el galardón del orador y del historiógrafo, la gloria del poeta y del artista.

Á otros más afortunados escritores ha cabido ya la honra de seguir sus pasos, al subir á la popular tribuna y al penetrar en el laberinto de las pasadas edades, para revelar el origen y carácter de las revoluciones, á que la humanidad se halla por ley superior

sujeta. Permitidme vosotros que en este santuario de las Nobles Artes le contemple un momento como cultivador del arte, viéndole siempre impulsado de aquel *primo amore*, que santificó el alma del Dante, y que anida con fuerza creadora é incontrastable imperio en el venturoso corazón, donde plugo á la Divina diestra encender la antorcha del genio.

Porque (no os sorprenda el oírlo de mis labios) si cosechó el Duque de Rivas envidiados laureles en todos los campos á donde llevó su planta, el más cendrado título de su gloria futura, la más floreciente corona que la presente edad le adjudica, debidos son á la claridad y lozania de su ingenio artístico, tomada esta voz, que adultera y pervierte el vulgo de nuestros días, en su acepción más propia y genuina.

El arte, ese vago é indefinible anhelo de poseer y realizar la belleza, que eleva al genio desde la contemplación real de la criatura á la ideal contemplación del Criador; esa aspiración dulce y misteriosa, que, dominiando irresistiblemente al humano ser, le lleva á imprimir en las obras engendradas por el sentimiento el sello indeleble de su espíritu, cual no dudoso testimonio de su origen y de sus futuros destinos, es uno en su esencia, como lo es también la belleza. Tiene el arte, sin embargo, diversas manifestaciones; pero ni la concepción de la belleza, que es el momento supremo de la creación artística; ni la idealización del objeto externo, que es en su resultado la más alta conformidad de la creación misma con las leyes fundamentales de la naturaleza; ni la realización de la belleza artística, que estriba en la más perfecta relación y correspondencia entre la idea generadora y la forma de que se reviste, reconocen diferentes cánones, ni se someten á distintas condiciones.

Cuanto es en las varias manifestaciones del Arte sustancial y necesario, se rige y gobierna en todas por igual norma y medida, así como resplandecen siempre en el genio los mismos atributos y le animan y estimulan las mismas facultades creadoras. Ya produzca en el lienzo los prodigios de la luz y del color; ya comunique al mármol ó al bronce acción y movimiento, inspirándole soplo de vi-

da; ya traduzca en páginas de piedra sus más elevados y profundos pensamientos; ora dote al inarticulado sonido de sentimiento y de armonía; ora, en fin, infunda á la palabra, portentoso vehiculo de la humana idea, el poder misterioso de revelar las propias y ajenas pasiones; en todos estos conceptos se mueve y obra por virtud de la espontaneidad y de la originalidad que le distinguen, y llega á la posesion y realizacion de la belleza, merced á la fuerza intuitiva de la imaginacion y de la fantasia.

Si pues estas supremas é indeclinables condiciones del arte hermanan y unifican, en su principio y en sus fines, todas sus manifestaciones; si la única diferencia que entre las últimas existe, se refiere exclusivamente á los medios de hacer sensible la belleza,—medios que debe el genio á la discreta contemplación de la naturaleza, no ménos que á la experiencia y práctica del arte mismo en los pasados siglos,—no os maraville, Señores Académicos, que al reparar en los títulos que enaltecen la memoria del que bajó á la tumba presidiendo vuestras nobles tareas, ose reputar por más excelentes y dignos de la posteridad los que, personificando en doble sentido las facultades peregrinas y las elevadas aspiraciones de su alma, fueron encanto de toda su vida, ganándole al par nombre y reputacion de pintor y de poeta.

Amó el Duque de Rivas con ardiente amor al arte, y ambicionó desde su primera juventud con igual anhelo la palma de Herrera y de Calderon, de Velazquez y de Murillo. Excitado su ánimo por la gloria de tan esclarecidos ingenios, vaciló sin duda en la eleccion del camino que debia seguir para alcanzarla; pero avasallado por el instintivo deseo que ardia en su pecho, no renunció á ceñir sus sienes con uno y otro lauro. Así, ya en medio de las fatigas militares, á que le llamaron las obligaciones de su cuna; ya en los viajes que, por mandato del Gobierno, hizo á las principales córtes de Europa, para estudiar la organizacion de los ejércitos; cuándo en el seno de su familia, donde le era dado gozar el magnífico espectáculo de aquella rica y pintoresca naturaleza, que inflamó un día la mente de Latron y de Séneca, de Floro y de Lucano; cuándo en el tumulto de las

pasiones políticas, que le arrojaron desde la supremacía del Congreso nacional en las amargas zozobras del proscrito; ora luchando con los sinsabores y angustias del que há menester del sudor de su frente para vivir en tierra extraña; ora en fin restituído á lá patria, colmado de honores y riquezas, llamado una y otra vez al Consejo de su Reina, é investido de plenos poderes para representarla cerca de otros Soberanos, en todas partes y bajo todas condiciones mostró siempre aquel invencible afán que le llevaba á cultivar la poesía y la pintura, sin que amenguaran tan puro y santo amor la prosperidad ni el infortunio. Celebrando esta noble pasión del esclarecido prócer, que, según la estimada frase de su mejor biógrafo, necesitó desde los primeros albores de su vida intelectual «cantar lo que sentía y pintar lo que miraba,» pareció quilatar la nativa índole de su ingenio el eminente poeta, que le precedió en la honra de presidir, diciéndole ya en 1819:

Tú, á quien afable concedió el destino,  
 Digna ofrenda á tu ingenio soberano,  
 Manejar del Aminta castellano  
 La dulce lira y el pincel divino;  
 Vibrando el plectro y animando el lino,  
 Logras, Saavedra, con dichosa mano,  
 Vencer las glorias del cantor troyano,  
 Robar las gracias del pintor de Urbino.

No otra fué la vocacion, no otro el fervoroso y constante aspirar de aquella levantada inteligencia, creada para el arte. Pero si pudiera achacarse hoy á parcialidad de compañeros el igualar en las sienes del ilustre Duque de Rivas el lauro del pintor con la corona del poeta, licito me parece asentar, no obstante, sin temor de ser desmentido, que recibió el poeta largo y precioso tributo del pintor en cuantos momentos ardió la inspiracion en su mente, debiéndose á este felicísimo maridaje las más vistosas galas y ricas preseas, ya que no los mayores aciertos de su musa.

Nadie ha negado todavía, nadie osará negar, al insigne hijo de

Córdoba la gloria de ser uno de los primeros poetas españoles del siglo XIX. Pocos le han igualado, en efecto, en la riqueza y fausto de la imaginación, ni en los arrebatados vuelos de la fantasía; ninguno le ha superado en la propiedad, abundancia y lozanía de las descripciones; pero á todos ha eclipsado sin duda en la acertada y natural disposición de los cuadros, trazados una y otra vez con admirable gracia y maestría, no reconociendo rivales en la frescura, viveza y verdad de los retratos, bosquejados á veces de una sola pincelada, á veces diseñados y modelados con entero acabamiento, y animados á la continua de rico y verdadero colorido.

Brillan estas singulares dotes del pintor en todas las creaciones del poeta, y desde la caballeresca narración del *Paso honroso*, escrito en 1812, con devota sujeción á los preceptos de la escuela clásica, hasta las más romancescas y dramáticas leyendas de *La Azucena Milagrosa*, *Maldonado* y *El Aniversario*, últimos destellos de aquella Musa narrativa por excelencia, que habia cobrado su libertad y vigor nativo, al concebir la simpática historia de *Mudarra* y las fatales aventuras de *Don Alvaro*, no encontrareis, Señores Académicos, producción alguna,—lirica, épica ó dramática,—donde no aparezcan tan altas virtudes artísticas como principal joya y ornamento.

Hay, sin embargo, entre las producciones poéticas del Duque de Rivas un grupo harto numeroso de narraciones históricas, donde, aspirando á pulsar la lira de los cantores populares, logró el magnate castellano, en comun sentir de la crítica, echar los más firmes cimientos de su gloria literaria. Cuajado de amenas y gallardas descripciones, sembrado de bellos y veracísimos cuadros, que se suceden y eslabonan como en copiosa y sorprendente galería, enriquecido de espontáneos retratos, que bastan á revelar el carácter y la ilustración del pueblo musulmán y del pueblo cristiano durante el siglo X, parecia haber agotado el *Moro Expósito*, poema solitario aún en el parnaso español, las grandes cualidades de artista que á su autor enaltecian. Los *Romances históricos* (que bajo este título se distinguen las ya citadas narraciones) vinieron á mostrar en breve que, lejos de extinguirse tan rica vena, se habia acaudalado gran-

demente con la experiencia y la madurez de los años, no ajenos, en verdad, á este progresivo perfeccionamiento los notables estudios, que realizaba al par el infatigable prócer en el arte de Zurbaran y de Murillo.

Impertinente fuera exponeros ahora el juicio crítico de estos castizos cantares castellanos, dignísimo recuerdo, en su espíritu y en su forma, de aquellos *romances* que, reflejando viva y poderosamente la civilización de nuestros mayores, constituyen la grande y original epopeya española. El intento de probaros cuánto debió el poeta al pintor, dado el feliz consorcio de tan afines facultades, me obliga, no obstante, á solicitar vuestra atención por contados momentos. Fijemos nuestras miradas en aquel vario conjunto de obras poéticas, precioso ramillete de tradiciones populares, fecundadas por la historia y enriquecidas por la arqueología; y ya que no sea posible saborear las bellezas de los innumerables cuadros que encierra, ni admirar todos los retratos que lo exornan, permitidme que os señale algunos, no escogidos por cierto con excesivo cuidado. Hé aquí, por ejemplo, cómo pinta á doña María de Padilla, cuya singular belleza aprisionaba al rey Don Pedro, en los momentos que preceden á la infeliz catástrofe de Don Fadrique:

Un vistoso brial de seda  
Verde, y con labores varias  
De sirgo y perlas, y en torno  
De oro recamos y franjas,  
Era su traje; una toca,  
Muy más que la nieve blanca,  
Y un claro cendal cubrían  
Sus trenzas negras y largas.  
Celestial era su rostro  
Y divina su garganta;  
Pero del color de cera,  
Que miedo y penas retrata.  
Dos soles eran sus ojos  
Bajo las luengas pestañas,

Donde dos perlas preciosas,  
 P'rontas á correr brillaban.

.....  
 Ora un blanco pañizuelo  
 Con puntas bordado y randas,  
 Revolvía con las manos  
 Convulsas y deslustradas;  
 Ora absorta y distraida,  
 Agitaba en torno el aura  
 Con un precioso abanico  
 De ricas plumas de Arábia.

Al lado de este delicado y sencillo retrato, donde contrastan vivamente la belleza y la zozobra de aquella ilustre dama, para quien fué fatal presente la hermosura, coloquemos ahora el no ménos verídico y más simpático de la Reina Católica, bosquejado por el poeta á punto de recibir por vez primera tan magnánima princesa á Cristóbal Colon, todavía en el real de Santa Fé, al frente de Granada:

En un camarín pequeño,  
 Vestido con pabellones  
 De berberiscos damascos  
 Y una alfombra de colores:  
 Junto á un cuadrado bufete  
 Que rico tapete esconde  
 De carmesí terciopelo,  
 Con franjas de oro y borlonos;  
 En frente de un oratorio  
 De concha, nácar y bronce,  
 Donde la imágen brillaba  
 Del Redentor de los hombres,  
 Y á la luz de dos bugías,  
 De aquel breve cielo soles,  
 Que en candelabros de oro  
 Daban vivos resplandores;



Sentada en la régia silla  
 Con la presencia más noble  
 Que jamás tuvo matrona,  
 Que jamás respetó el orbe,  
 Doña Isabel, la gran Reina  
 De Castilla y Leon, mostróse  
 Á los admirados ojos  
 Del genovés sábio y pobre.  
 Un brial de raso morado  
 Con castillos y leones,  
 De perlas, esmaltes y oro  
 En recamadas labores,  
 Era su traje. En su pecho  
 Brillaban, como en la noche  
 Los luceros rutilantes,  
 Las cruces que en los pendones  
 De las Órdenes guerreras  
 Son de la victoria norte;  
 Y de flamencos encajes,  
 Que régia diadema coge,  
 Una delicada toca  
 Ornaba su rostro, donde  
 Formando un todo divino  
 De altas celestiales dotes,  
 El más claro entendimiento,  
 La virtud más pura y noble,  
 Y el esfuerzo más gallardo  
 Resplandecian conformes.

El amor, el respeto y el entusiasmo del pintor y del poeta resaltan al par en este retrato de cuerpo entero, que aparece rodcado de oportunos y característicos accesorios, haciendo natural la sorpresa que turba un momento al descubridor del Nuevo Mundo. Pero ya que recordamos al grande hombre, no os desagradará el traer tambien á la memoria la pintura que de él hace el ilustre Duque, al verle llegar, perdida ya la esperanza de ser es-

cuchado y entendido, al solitario convento de la Rábida. Vestía (dice):

Justillo de roja tela,  
 Aunque usada y vieja, fina.  
     Un manto de lana pardo  
 Con mangotes y capilla,  
 Un birrete de velludo  
 Y de orejeras caídas;  
     Unas portuguesas botas,  
 Más enlodadas que limpias,  
 Y bajo el brazo pendiente  
 Un zurrón, saco ó mochila,  
     Donde un pequeño astrolabio,  
 Una brújula marina,  
 Un libro de devociones  
 Y unos pergaminos iban.  
     Despejada era su frente,  
 Penetrante era su vista,  
 Su nariz era aguileña,  
 Su boca muy expresiva;  
     Proporcionados sus miembros,  
 Y su edad, si no florida,  
 Tampoco tan avanzada  
 Quo llegase á estar marchita.

Con sentimiento de gozo de penetrar tras este sér privilegiado en la celda de Fr. Juan Perez de Marchena, así como renuncio, en gracia de la brevedad, á presentaros el animadísimo cuadro, en que la gran Reina Isabel y el gran Cristóbal Colon hermanaron su voluntad y su inteligencia para dar cabo á la más colosal empresa, que habian visto los siglos. Mas porque cumple á mi propósito comprobar del todo el aserto que há poco aventuré, lícito me será añadir algun ejemplo de otro género de pinturas; y escogeré entre todos, para no fatigaros con exceso, el retrato de Francisco I, al empezar la gloriosa jornada de Pavía, donde quedó rendido al poder de España;

El rey de Francia los suyos  
 Numerosísimos pone,  
 Mas cual bisoño caudillo,  
 Para la batalla en órden.  
 ¡Cuán gallardo y rozagante  
 Augusto, lozano y jóven  
 Oprime un tordo rodado  
 Que á tal dueño corresponde!..

De morado terciopelo  
 Y brocado de oro, sobre  
 El arnés fúlgido, lleva  
 Veste de ricas labores.

Efes de oro son y lises;  
 Que deslumbran como soles,  
 Y de oro y morada seda  
 Lazos, borlas y cordones.

En el alto capacete,  
 Del viento halago y azote,  
 Amarillos y morados  
 Vuelan flexibles airones.

Y en medio de ellos descuella  
 Una flecha de oro, donde  
 Primoroso pendoncillo  
 Un claro emblema propone.

Bordada una salamandra,  
 Que en vivo fuego se esconde,  
 Es el cuerpo de la empresa,  
 Y *Modo et non plus* el mote.

Sin duda no hubiera desdeñado Velazquez este felicísimo cuadro, cuya naturalidad, grandeza y gallardía le hacen digno compañero de los celebrados lienzos que en el régio Museo immortalizan su nombre.

No juzgo necesario, Señores Académicos, el traer aquí nuevos ejemplos para inclinaros al convencimiento de la verdad por mí enunciada. Sólo me atreveré á observaros que los arriba trascritos

pertenece á tres de las diez y ocho narraciones, que forman el volumen de los *Romances históricos*, y que son los cuadros y retratos el más preciado ornamento de los mismos. Nunca ha podido decirse con tanta exactitud como al contemplar estas obras poéticas, que *escribir es pintar*, porque nunca se han consociado más estrechamente las raras facultades del pintor y del poeta, que constituyeron en el prestantísimo ingenio, cuya pérdida hoy llora esta Real Academia, un doble artista.

Mas si debió á las inspiraciones de su musa poética tan levantados títulos de gloria, no anduvo por cierto en la diestra del Duque de Rivas ocioso el pincel, dando, cual ya sabeis, en todas partes, insigne muestra de la fecundidad de que le habia dotado la Providencia. Difícil, cuando no imposible, es ahora, por las especiales circunstancias de su trabajada vida, el formar exacto y cronológico catálogo de estas producciones pictóricas: Málaga, Córdoba, Madrid y Sevilla en el propio suelo; Malta, Lóndres, Paris y Nápoles en el extraño, le vieron consagrarse, con el ardoroso entusiasmo que le distinguia, al cultivo del arte ennoblecido por los Urbanos y Tizianos; y en paisajes y cuadros de costumbres, en retratos y composiciones históricas, religiosas y alegóricas, acreditó aquí y allí que habia nacido pintor como nació poeta, y que no carecian sus lienzos de aquellas altas virtudes morales que resplandecen en sus poemas.

Fué el amor de la patria pasión ardiente y profunda en el hidalgo pecho del Duque de Rivas, adhiriéndose muy particularmente al suelo de Córdoba, cuya perdida opulencia habia llorado en estas sentidas estrofas, que encabezan *El Moro Expósito*:

¡Córdoba insigne!... ¡Dónde tu grandeza!  
 ¡Dónde está tu poder? ¡Con quién su saña  
 Mostró el tiempo voráz como contigo,  
 Y la ciega fortuna su inconstancia?...  
 De tu templo á los mármoles pregunta,  
 Y á las antiguas vividoras palmas,  
 Que de la edad triunfando y de los vientos,  
 Con noble majestad las frentes alzan.

Pregúntalo también al silencioso  
 Guadalquivir, que hoy riega solitarias  
 Las extensas llanuras, donde fueron  
 Los jardines y alcázares de Zahara;  
 Y te dirán cuál fué tu poderío,  
 Que indestructible y firme lo juzgaban;  
 Mas que pasó, como al soplar del cierzo,  
 Las leves nubes por el cielo pasan.

Quien así lamentaba la inevitable decadencia de la *Colonia Patria*, silla un día del Califato, había procurado antes (1814) enaltecer su gloria, trazando en estimable lienzo la *Apotheosis* de sus más renombrados hijos; y pintores y poetas cordobeses ocuparon el templo de la fama, no olvidados en aquella doble cohorte de ingenios los Sénecas y Lucanos, los Menas y les Céspedes. Girando sus miradas en más dilatada esfera, obedecía al mismo sentimiento, dedicando á la grandeza de *Hernán Cortés*, preludiada en los *Romances históricos*, señalado recuerdo (1829); y reparando en el noble sacrificio de *Hermenegildo*, hecho en aras de la idea católica, que iba á regenerar, merced á los esfuerzos del gran Leandro, la raza visigoda, representábase en el instante de recibir el martirio (1842), cuya palma era al par emblema y blason del puro y santo amor, que á la religion y á la patria profesaba.

Anidaba también, profundamente arraigado, en el corazón del preclaro Duque de Rivas este vivificador sentimiento, que defendiéndole de la indiferencia y de la impiedad, y brillando en todas sus poesías, debía servirle de númen, al ambicionar la gloria del pintor. El Viejo y Nuevo Testamento, la historia de los mártires y las místicas tradiciones de la edad media, ministraron á su musa pictórica abundante cosecha; y desde la *Caida de Luzbel*, delicada alegoría en que aparece el ángel rebelde llorando sobre su marchita corona (1815), hasta el *Triunfo de Judith*, última producción de su mano (1856); desde la sublime representación del *Salvador del Mundo* (1829), hasta la no ménos piadosa de la Madre del Verbo, conocida en el suelo de Nápoles bajo la advocación de la *Virgen de la Rosa* (1846), buscó su de-

voto anhelo simpáticos asuntos, no escaseando por cierto en tan vivificadora esfera sus nobles inspiraciones.

Más largo espacio del que me es dado ahora ocupar, habría menester para daros noticia de todas estas obras; pero no omitiré el mencionaros algunas de las que me ha sido posible examinar, porque en ellas descubro aquellas dotes y cualidades que revelan al verdadero artista. Llama en primer término, la atención, un bello grupo de *Adán y Eva* (1821), donde la madre comun del linaje humano aparece hollando el lirio de su perdida inocencia; pensamiento tan nuevo como filosófico, que simbolizando la afrenta del primer pecado, anuncia ya los dolores y quebrantos, á que la prole de Adán viviria sujeta. Ni son para olvidados otros dos lienzos que representan la historia de *Susana*, producciones ambas debidas al último tercio de la vida del ilustre Duque (1846), y ambas dignas de aprecio, por la excelente disposicion del asunto, virtud muy estimada, que jamás le abandona ni como pintor ni como poeta. Es esta, en efecto, la más relevante prenda del cuadro que nos recuerda la conversion de la *Samaritana* (1845), como lo es tambien de los no ménos estimables del *Niño Dios* (1840), y de las denodadas y piadosas *Justa y Rufina* (1847), que escudadas con la firmeza de su fé, desafian y triunfan en la muerte de la saña de sus tiranos y verdugos.

Á estos interesantes lienzos pueden añadirse, por último, entre los que testifican el respeto que tributó tan egrégio maguato á la antigüedad clásica, el que representa á *Sócrates aleccionando á Alcibiades* (1819); y entre los que acreditan el tributo que rindió á las tradiciones de escuela, los que figuran á *Hermafrodita* (1822), y á *Cupido* (1829), estudios todos en que hizo gala del desnudo, poniendo de relieve sus más felices facultades.

Ya veis, Señores Académicos, cómo no es posible negar título de pintor á quien cultiva en esta manera tan difícil arte. Todo nos mueve, en efecto, á conceder á tan claro ingenio este ambicionado galardón, como le confesamos la alta gloria del poeta. Pero licito nos será observar, sin embargo, para no merecer calificación de parciales, que si los más benévolos críticos, aquellos á quienes ligaban con

Hé aquí, Señores, las principales causas artísticas que, en mi pobre concepto, desigualan hoy ambas coronas en las sienas del esclarecido Duque de Rivas, cuando no pueden ser de más alto precio, ni de más idéntica ley las dotes que para el cultivo de la pintura y de la poesía sacó de la cuna, según he pretendido demostraros. Empapó su musa poética las atrevidas alas en la rica é inextinguible fuente de las tradiciones nacionales; alimentóse y nutrióse con la vivificadora sávia de los sentimientos y de las creencias del pueblo español, y fué su vuelo tan rápido y elevado, como libre y espontáneo, descubriendo su vista y mostrando su diestra á la edad presente y á la venidera sorprendentes y maravillosos cuadros, alumbrados por la luz de la originalidad, y animados por el fuego del patriotismo. No esquivó un dia su musa pictórica la inspiracion del amor pátrio; mas pagándose siempre de erudita, apartó al fin sus miradas de la vida real del pueblo castellano; y aunque devotamente religiosa, desoyó sus tradiciones y olvidó su historia, renunciando á la inmarcesible gloria que le ofrecia en sus ínclitos héroes y en sus inmortales empresas. Nadie diria, reconocidos ya en las preciosas narraciones antes memoradas, los bellos cuadros y felicísimos retratos históricos trazados por el Duque de Rivas, que al manejar este el pincel, perdiera de vista las verdaderas fuentes de su inspiracion, desconociéndose á sí propio.

Pero tales son las condiciones de la humana naturaleza, aun en los séres más privilegiados y en las más grandes inteligencias. Sin duda la Divina mano, que le habia colmado de tantos y tan selectos dones, no quiso concederle en una y otra liza igual victoria, para darnos elocuente é inequívoco testimonio de nuestra dolorosa pequeñez, aún en los momentos en que nos reputamos orgullosamente grandes. El nombre de D. Angel de Saavedra, Duque de Rivas, pasará no obstante á la posteridad con la doble aureola del pintor y del poeta, que constituye en él la verdadera gloria del artista; y cuando más afortunado ingenio llegue á trazar los anales de esta sábia Academia, templo de las tres Nobles Artes, lo escribirá con noble orgullo en muy brillantes páginas, para advertir á las generaciones futu-

ras que si hubo un dia en que los Optimates castellanos se dedignaban de cultivar las letras y las artes, más venturoso el siglo XIX, alcanzó la hora de poseer magnánimos próceres, que sobre las inclitas insignias del Toison de Oro, sobre las grandes cruces de Carlos III y San Genaro, sobre el hábito del Baylio general de la veneranda Orden hospitalaria de San Juan, ostentaron con hidalga satisfaccion la modesta medalla académica.